El gran día de Brutilda

Gabriela Keselman

Ilustraciones de mEy!

loqueleo

A Panchi y a Milena

Era un domingo precioso en la isla de Brutus y Brutilda.

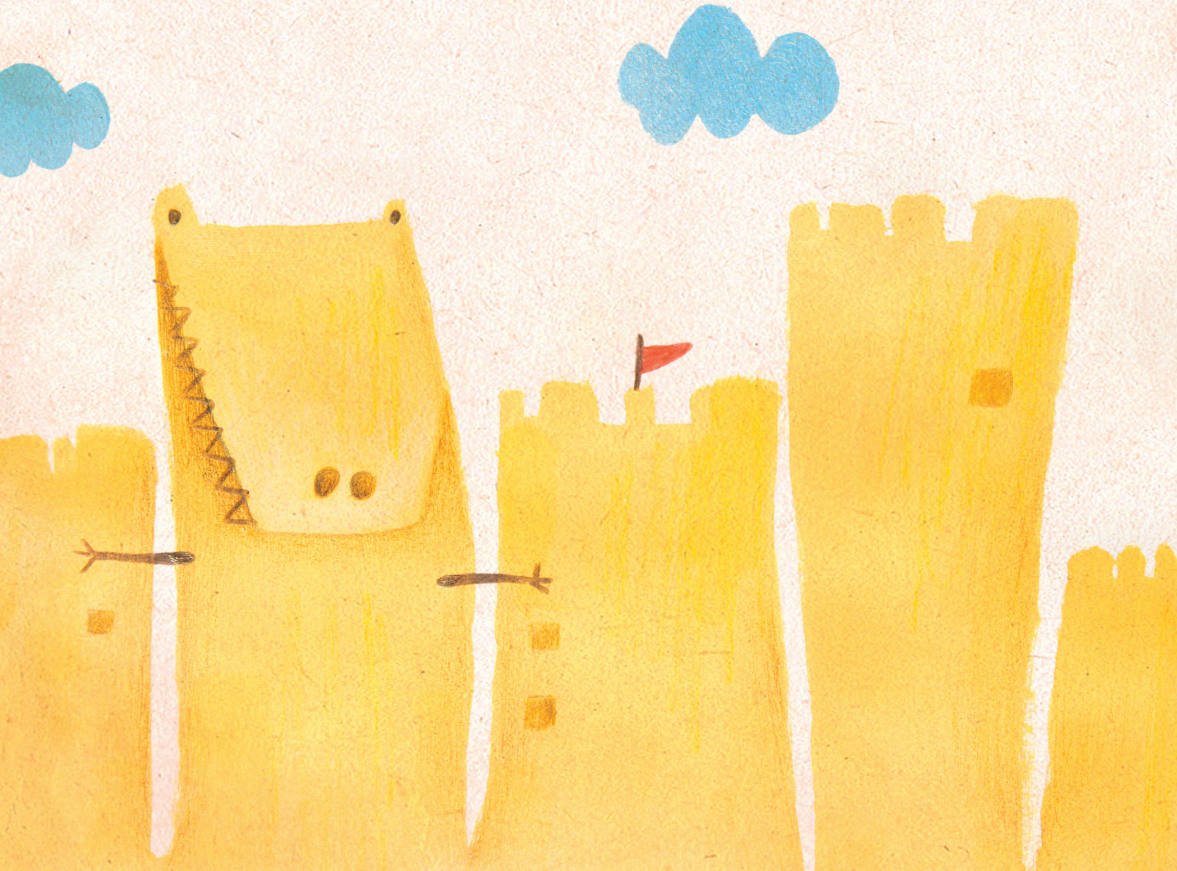
Brutus preparó una canasta con pastelitos de banana.
Brutilda guardó servilletas y ganas de jugar.
Después se fueron de la mano hasta la playa.
Extendieron una manta y se sentaron en la orilla.

—¡Papá, es un día maravilloso para hacer un castillo de arena! —dijo Brutilda.
A Brutus le pareció un plan excelente. Brutilda se puso manos a la obra. Usó toda la arena que encontró. ¡Y solo había construido la planta baja! Así que Brutus corrió por la playa y le trajo baldes llenos de arena. Hasta que, por fin, Brutilda terminó la última torre.

Inventó un cocodrilo para proteger el castillo. También hizo un guardia para atender a las visitas.

—¡Papá, ¿viste qué grande soy?! —preguntó Brutilda.

—¡Muy grande! —contestó Brutus y la abrazó.



De repente, una hoja de palmera le hizo cosquillas a Brutilda.
—¡Papá, es un día maravilloso para reír!
—dijo Brutilda.

A Brutus le pareció una ocurrencia muy graciosa. Entonces Brutilda se rio tan fuerte que sus carcajadas se escucharon en la isla de enfrente. Los hipopótamos se contagiaron y empezaron a reír. Los loros, que eran unos copiones, se rieron también. Hasta un elefante muy serio no aguantó y se le escapó una risita.